

INTRODUCCIÓN

Las leyendas tienen ese poder mágico de atraparnos en sus redes llenas de fantasías y en muchas ocasiones escuchamos a más de una persona asegurar que dicho suceso en realidad pasó y cuentan versiones muy variadas; y es que las leyendas debido a su contenido maravilloso son maleables y resulta imposible para muchos, especialmente para escritores del género, no agregarle datos producto de su propia imaginación, pareciera que cada vez que se cuentan se enriquecen para hacerlas más atractivas al oyente o al lector, pero siempre permanece la esencia del misterio, del personaje o personajes involucrados, de la leyenda en sí.

Este libro contiene mucho de esas leyendas moldeadas por mi imaginación y resulta sobremedida interesante *El diario de una ciega*, ya que esta corta novela, nos sumerge a la Nicaragua de mediados del siglo XIX y está enriquecida con datos tomados de un escrito del explorador y diplomático estadounidense Ephraim George Squier, titulado *Nicaragua: una exploración de Océano a Océano*, publicado por Harper's New Monthly Magazine, en 1855, aquí Squier describe paisajes del territorio nicaragüense por donde él anduvo viajando y explorando, así como tradiciones, costumbres y forma de vivir de nuestros antepasados.

Presento además, narraciones, historias y cuentos, algunos de los cuales, al igual que “El diario de una ciega”, están basados en mitos y leyendas de Nicaragua, como es: “El cazador de ciega y los tres tesoros”, basados en “Los cuentos de mi abuela”, cuentos que incluí en mi primer libro titulado: *Cuentos y Mitos de Nicaragua* publicado en 2010, por esta misma editorial, aprovecho para agradecer una vez más a su director Melvin Wallace Simpson, por su incondicional apoyo.

Espero disfrute, querido lector, de este segundo libro, de estos cuentos, historias y relatos; a como yo los disfruté al escribir.

El diario de una ciega

CAPÍTULO UNO UNA JOVEN MADRE

En León Santiago de los Caballeros de Nicaragua, existe un pequeño poblado indígena llamado Sutiaba, en uno de sus ranchitos se escuchaba, a veces confundiendo con los graznido de urracas en un papaya, el llanto de una recién nacida; ¡cuñaaa! ¡cuñaaa! lloraba la niña cuando la hamaca dejaba de mecerse, salía una joven madre corriendo para atenderla dejando de atizar el fuego donde tenía puesta un gran perol con nacatamales, la mecía y se quedaba un rato con ella hasta que la pequeña se volvía a dormir. Contemplaba con mucha ternura el dormir angelical de su criatura cuando en eso llegó doña Mercha, la abuela de la infante, diciendo:

—¡ldiay! ¿Y ese fuego casi apagado? No lo atizaste.

—Es que mi abuela se fue al mercado y la niña no me deja.

—Esa cipota la tenés amañada, hay dejala que lllore.

—¡Pero mama, cómo la voy a dejar si está enfermita!

—Ya te dije que le dieras aceite de hígado de bacalao, y vas a ver que se compone, pero no hacés caso. Ya que saliste con la torta, ahora vas a ver lo “lindo” que es criar chavalos.

—Ya va a empezar usted con lo mismo.

—Pues sí. No sé cómo fuiste a salir pipona y tan chavala, sos una bruta; a ver ¿Dónde está el irresponsable ese? Tanto que te lo decía y te advertía, pero por un oído te entra y por el otro te sale.

Doña Mercha aunque parecía arrecha y dura de corazón, en su adentro se derretía por su nieta y quería mucho a su hija.

—Mejor me voy a avisarle a doña Colacha que ya están los nacatamales —dijo Rosalba y se fue dejándole a cargo la niña a doña Mercha.

Ya en el camino se encontró con Rufino montado su elegante corcel.

—Adiós Rosal ¿Dónde vas? ¿Te puedo llevar? —le dijo muy gallardamente el jinete.

—No gracias, voy aquí “nomasito”.

Rosalba siguió su camino mostrándose no muy receptiva a las insinuaciones amorosas de Rufino.

Este Rufino se creía un galán, pretendía a Rosalba desde hace mucho tiempo, se conocían desde chavalos, pero ella nunca le hizo caso pues su corazón pertenecía a José, el papá de su niña, dicen que por mujeriego se fue lejos tras una hermosa mujer, quién sabe dónde.

—¡Buenas tardes! —dijo Rosalba al llegar a la casa de doña Colacha.

—Buenas Rosi, pasá.

— Doña Coli, vine a avisarle que ya están los nacatamales.

—¡Ah bueno!, hay mando a Ceferino a traer.

— ¿Y Jacinta? —preguntó Rosalba.

— “Poray” está, en la huerta.

Y se fue Rosalba a buscar a su amiga.

—¡Ohe Jacinta! —le pega el grito cuando la vio.

—¡Hey Rosi! ¿Qué me cuentas?

—Y tu primo, ¿has sabido algo de él?

—No, aunque lo supiera no te diría, es que no entendés que no te conviene ese hombre, es mi primo pero; ya sabes lo que pienso de él.

—Sí, pero vos sabes que es el papá de mi niña y...

—Y eso qué —la interrumpió Jacinta—, un parrandero lo que es, y vos sabiéndolo te metiste con él.

—Ya estás como mi mama vos.

—¡Pues si es cierto mujer! Y ve, ya andate olvidando de él, porque ni con brujería vas a lograr que regrese. Viví tu vida tranquila y buscá a otro que te quiera y que quiera a tu hija, sos joven y bonita, vas a ver que te vas a encontrar a alguien mejor.

—A José es el único que quiero. Y ya me voy, pues sólo para regañar servís vos.

Así se despidió de su amiga, y se encaminó de vuelta hacia su casa, pero Jacinta sin quererlo le había dado una idea a Rosalba y ésta se desvió hacia la morada de su padrino don Clemente Pavón, muy conocidos por todo el pueblo como el brujo Pavón.

—Buenas, padrinito.

—¡Eh! Que milagro por estos lados Rosi, ¡ve, te llamé con el pensamiento!

—Vine a verlo ya que usted tiene bastante de no ir por aquellos lados.

—Sí, en eso estaba pensando, en visitarlas. Pero contame ¿cómo está tu tierna?

—Bien, todo bien.

Después de unos segundos de silencio, ella titubeando le dijo:

—Padrino; quiero que me ayude en algo, si puede.

—¡Jmm! Ya sé de qué se trata. Es de ese fulano ¿verdad?

—Sí. Pero no tiene nada de malo, yo lo quiero y es el papá de mi hija.

—Pero él no te quiere. Y no metas a la inocente criatura en estos asuntos, tú eres una encaprichada. A mi entender, es mejor que estés sola que mal acompañada, mal ejemplo le estás dando a tu hija.

—Sí, pero ¿me puede ayudar o no?

—Y dale la mula al freno, de poder; puedo, pero no debo, con vos no.

—Ande hombre, no sea malo, nunca le he pedido nada, hasta ahora.

Don Clemente quedó pensativo por un instante, con la mano en la quijada, viendo para los hicacos y con mirada furtiva dijo:

—Está bien, mirá; bebete este jarabe y también dale al hombre, esto antes de que vayan... ¡Jmm! Ya sabes... lo que hacen las parejas, y listo, él no podrá hacer nada con otra mujer, sólo con vos —sonríe sarcásticamente don Pavón.

—¡Ah, padrino! Sólo es bromear conmigo, bien sabe que José y yo no estamos juntos, y lo “peor” que a saber dónde está metido el pobre.

—¡Já! el pobre. No hay peor ciega que la que no quiere ver. Además sólo eso tengo, a menos que...

— ¿Qué cosa padrino?

—Que me traigás un calzoncillo de él... pero que esté cagado —ija ja ja! se tira la carcajada el tal brujo.

—Siga burlándose de mí, “tá bien”, el que se burla de las desgracias de los demás le va “pior”. Claro, como no tengo como pagarle, por eso es ¿verdad?

Don Pavón puso la cara seria y dijo:

—No hija, no es eso, es que conozco muy bien a tu mamá, y si se entera de que yo te ayudé con el fulano ese, la puedo agarrar del cuello con ella, ahí si yo no quiero agarrar al toro por los cuernos o mejor dicho a la vaca por los cuernos.

—¡Huy! No sabía que usted le tenía miedo a mi mama y ya le dijo vaca.

—¡Ja! Sí. Pero no es miedo, es mejor prevenir que lamentar. Además, ese hombre nunca te va a dar buena vida y yo no quiero verte otra vez llorando como una Magdalena.

—Hay padrino, pero que le voy a hacer, yo lo quiero. Pero “tá bien pue”, gracias de todos modos.

—De nada Rosal y me saludas a tu mamá y a tu abuela.

Así se fue Rosalba para su casa con los ánimos por el suelo; como perro con la cola entre las piernas, pero siempre con cierta esperanza de que su único amor regrese a su lado.

—Ya vine mama —dijo al entrar al rancho.

—Que frescura ¿Por qué te tardaste tanto? Como si no sabés que tenés una niña que alimentar —le dijo su madre mal humorada, lo cual no era raro, porque sólo así se mantenía la pobre señora, enojada desde que su hija salió embarazada. Se le veía contenta solamente cuando le hacía cariños a su nietecita.

—Vino Rufino —continuó hablando doña Mercha mientras Rosalba le daba de amamantar a su niña.

—¡Ah sí! Si yo lo vi. Me lo topé en el camino.

—Es un buen hombre, aquí estuvo platicando conmigo esperándote, pero como tardaste se fue, dijo que mañana iba a pasar.

— ¿Y para qué? Sólo que venga a verla a usted.

—Bien sabés que es por vos.

Rosalba no dijo nada, puso a la cipotita en la hamaca y en silencio madre e hija se pusieron a palmeear tortillas para la cena, en el tapasco estaba una cuajada ahumada y en un recipiente con leche agria que Rufino les había dejado.

Al día siguiente Rosalba fue al mercado y entre la multitud pudo divisar un rostro conocido, no podía dar crédito a lo que sus ojos veían, ¡sí, era él!, ¡era su amado José!, su corazón latía a todo mamón como queriéndose salir de su pecho, sintió desfallecer cuando él se le acercaba; los dos quedaron mirándose como un par de tórtolos, ella con una mirada de chispas en los ojos, y él, bueno, no tanto así.

—Hola Rosal ¿Cómo estás?

Ella cambió su rostro de sorpresa, levemente suspiró y cuando pudo desatarse el nudo en su garganta dijo con aparente tranquilidad:

—¡Ve, hoy va a llover! Apareciste por fin. ¿Acaso no sabes que tenés una hija?

—Sí, por eso vengo.

— ¿Aquí en el mercado? —le preguntó ella con desconfianza.

—Es que recién llegué, ya estaba por ir a buscarte.

— ¿Y te alegrás de verme? —No obtuvo respuesta.

Rosalba notó la mirada inquieta de José como quien buscaba a alguien.

¡José! Se escuchó a lo lejos la voz de una mujer, era una vendedora de mariscos que con entusiasmo agitaba su mano saludándolo.

—Hay llego a ver a la niña —dijo él y se fue hacia donde estaba la hermosa joven mercadera, no sin antes escuchar a Rosalba decirle:

—Ve pues, tras esa “jedionda” a pescado, de seguro es por ella que estás aquí.

Dejó de hacer las compras y así enojada se fue nuevamente donde su padrino, don Pavón.

—¡Buenas!

—¡Eh! ¿Otra vez por estos rumbos, Rosi?

—Si padrino, es que estaba pensando de lo que me dijo ayer.

— ¿Lo del calzoncillo? —le preguntó don Pavón con su característica sonrisa sarcástica.

—No hombre... lo del jarabe ¿Es cierto?

— ¡Claro que si! Yo no soy un charlatán.

— ¿Y eso qué es padrino?

—Pues que no soy un mentiroso, pero yo sigo con lo que ya te dije. Así es que, te das la media vuelta, y regresa por donde viniste; si no le tendré que decir a tu mamá en qué anda metida su hijita.

—¡Huy! Que odioso este padrino, así lo voy a tratar cundo llegue allá.

—¡Vamole, vamole! Siga su camino y venga a visitarme cuando se le olvide ese asunto.

—Ta bien pue, ya no vuelvo a venir a pedirle favores, es más, ya no vuelvo a poner un sólo pie en éste su rancho feo.

Se fue otra vez cabizbaja, pero lejos de quedarse tranquila esta vez fue a visitar a una vieja amiga o mejor dicho a una amiga vieja; una rosquillera llamada Lourdes, quien le debía favores y algunos nacatamales, armó un plan que consistía simplemente en que la vieja vaya como cliente donde su padrino, para conseguir el famoso brebaje, el jarabe atrapa hombres, así es que la vieja fue.

—¡Buenas don Pavón!

—¡Buenas doña Lourdes! Pase adelante.

—Estamos adelante, gracias. —dijo y se sentó en un banco.

— ¿Para qué soy bueno?

—Pues, verá ¿no tendrá usted algo que me pueda servir para retener a mi lado un noviecito que tengo por hay? Es que el muy bandido se me quiere escapar e irse lejos de mí.

—No lo culpo —dijo para sí mismo don Pavón, pues la doña, además de vieja era fea, tenía un ojo opacado y unos cuatros dientes que se le salían, no era la cegua pero se le parecía.

— ¿Cómo? ¿Qué dijo? —preguntó la doña, esforzándose en levantar más la cabeza pues también tenía una pequeña joroba.

—No, nada. Le tengo... —El brujo quedó pensativo por un instante y le preguntó:

—¡Mmm! ¿Doña Lourdes? ¿No será que la mandó Rosalba?

— ¿Rosalba? ¿Qué Rosalba?

—Pues Rosalba, mi ahijada, la hija de doña Mercha, nieta de doña Rosario.

—No, no la conozco ¿Y cuánto vale esa pócima? —le preguntó sacándose de entre sus caídos guacales, o sea sus pechos, un rollito de billetes de diez córdobas, como para llamarle la atención al brujo y que no siguiera con su interrogatorio.

— ¿Pócima? ¿A caso yo le he hablado de pócima?

Doña Lourdes se sintió descubierta, no sabía que decir.

—No, pero... pero eso fue lo que vine a buscar, porque sólo pócimas es lo que usted receta, ¿o no? es como la otra vez que se me vino aquella infernal cagadera, ¿Se acuerda?

—¡Guacala! Si, ni me lo siga recordando —dijo él, arrugando su cara, que de por sí ya estaba arrugada por el paso de los años— mire tengo algo mejor; usted me trae una foto de su novio y me deja hacer a mí el trabajo, va a ver usted los buenos resultados en pocos días.

A Don pavón no se le quitaba la idea de que su ahijada era la que estaba detrás de todo esto.

—¡Huy no! Eso sale más caro y tendría que ir a la ciudad a buscar al “fotógrafo” —dijo la vieja con su español no muy refinado pensando al mismo tiempo que eso sería un gran inconveniente para el plan— no, no, mejor deme ese tal frasco y listo.

Estiró el brazo con el rollo de reales dándoselos al brujo y continuó diciendo:

—Tome esto, que es lo único que tengo, y si le falta, otro día se lo pago.

—El brujo tomó el dinero, los contó y dijo que estaba bien, se agachó y por debajo del mesón en donde tenía un montón de chunches y chereques, sacó el tan mencionado frasco de jarabe.

—Aquí tiene, pégueme un trago y le da a él antes de... ¡Jmm! Ya sabe, antes del “cuchi-cuchi”, tómelo por varios días hasta que se acabe, y listo, vivirán juntos para siempre.

La misión estaba cumplida, el resto le tocaba a Rosalba.

Mientras tanto, Rufino, el eterno enamorado de Rosalba, llegaba a verla una y otra vez dejándole como regalo su infaltable porción de leche agria y a veces algunas cuajadas ahumadas, pero era a José el que ella esperaba con ansias, hasta que éste por fin apareció.

—¡Buenos días! —saludó José al arrimar al rancho.

—Buenas —le contestó con cara de pocos amigos doña Mercha.

—Señora ¿Cómo está usted?

—Bien.

— ¿Y Rosalba?

—¡Rosal, hay te buscan! —gritó la señora.

Sale Rosalba desde el fondo de la choza toda empericuetada, ya había visto al fulano y brincaba de alegría, pero al llegar ante él, contuvo su euforia al saludarlo.

—¡Hola José! Yo pensaba que ya no ibas a venir.

— ¿Y la niña? —preguntó él.

—Ahí está, acostadita en la “maca”.

Pasó adelante, se acercó a la niña y la tomó en brazos sacándola de la hamaca; ¡Cuñaaa! Comienza a llorar la criatura y hasta un pedo se tiró.

—¡Eh! Salió igual a la mamá —dijo José y ambos se pusieron a reír.

—Ha estado un poco malita —dijo Rosalba.

— ¿Y qué es lo que tiene?

—Mi mama me dice que son parásitos.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

